

El Factor Humano en Pantalla. Un paseo por la Psicología desde el patio de Butacas.

Florentino Moreno Martín y Luis Muñio

Editorial Complutense, Madrid, 2003
321 páginas. ISBN:84-7491-732-8

por Carlos Muñoz Gutiérrez



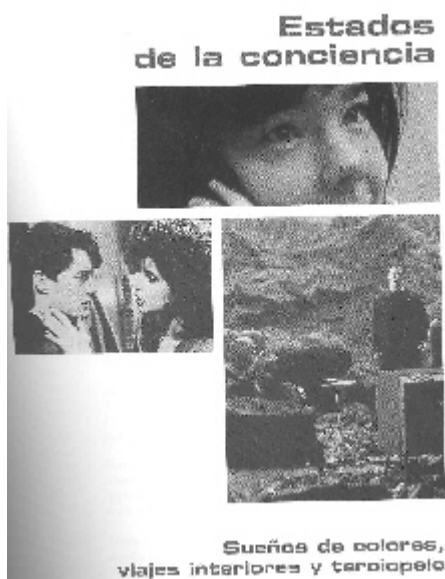
Siempre he pensado que la Psicología Científica ha descuidado lo que yo creo que debe ser su tarea fundamental.

Los hombres y las mujeres tienen necesidad de comprender y de explicarse sus conductas y la de aquellos que les rodean. Para ello en cada cultura se genera una psicología popular que es el conjunto de creencias sobre lo que es una persona, sobre cómo se comporta y sobre cómo se pueden explicar sus actos. Una de las características más notables y diferenciadoras de este conjunto de creencias que los científicos, un poco despectivamente, denominan psicología popular, es que su principio organizativo es narrativo. Esto significa que para entender el comportamiento de alguien debo saber algo de su

vida, de su historia, de la secuencia de acontecimientos más o menos significativos que le han llevado a realizar tal o cual acción. Si no podemos acceder a esa vida cotidiana y diaria que todos vamos urdiendo cada día con nuestros actos, pero, sobre todo, con el relato de lo que nos pasa, no podremos alcanzar una comprensión adecuada de nosotros mismos o nuestros semejantes, es decir, no podremos compadecernos, solidarizarnos, entristecernos o alegrarnos con ellos. Sin una mínima narración que nos cuente lo que le ha pasado a una persona en su mundo diario, en su mundo real, no hay posibilidad ni de comprensión ni de explicación. Y cuando no hay ni comprensión ni explicación sólo cabe el miedo, el rechazo, el odio o el desprecio. Imagino que esta es una razón por la que el mundo transcurre del modo en que lo hace y no es un lugar más amable que facilite, en vez de entorpecer, la obtención de la felicidad, por ejemplo.

Como cada cual vive su vida y no es posible ni vivir vidas ajenas ni vivir muchas vidas paralelamente (salvo que se tenga algún problema de personalidad o de identidad), nuestra capacidad de producir una psicología popular se limita a las vidas que, desde la nuestra, rastreamos o compartimos, con las que por cercanía, casualidad o esfuerzo convivimos cada día o con aquellas que en determinadas circunstancias se nos muestran a nuestros ojos curiosos a través de las ranuras que la vida ajena deja abiertas.

Contemos esas vidas a las que tenemos más o menos acceso. En realidad son pocas y conforme se crece aun son menos, casi como una ley de vida -que ni es ley ni nada, pero que contiene una verdad proverbial-. La familia cercana, los profesores que aparecen a través de las ranuras de sus interpretaciones diarias, los amigos, después la pareja, tal vez los hijos, cuando se tienen, y casi me atrevería a decir que a los hijos también sólo se les contempla por una estrecha cerradura.



Demasiadas pocas vidas para comparar, para generalizar, para poder obtener una noción de persona que nos sea suficiente, que no tengamos frecuentemente que revisar o poner en cuestión. Y como estas revisiones cuestan una vez establecida la creencia, se viven más como un conflicto que como una práctica recomendable. Esta debe ser otra razón de cómo va el mundo de los humanos. Tan pocas son que me parecen insuficientes para conseguir arraigar una psicología popular que permita satisfacer esa

inevitable necesidad de saber de mi mismo y de mis semejantes. ¿A dónde vamos para complementar esa pequeña experiencia que las exigencias de la vida nos limita? Tradicionalmente a los cuentos, a las novelas, a los poemas épicos o a los mitos. Los personajes de las novelas son gente también, seres que van entrando en nuestra vida, con los que nos familiarizamos y que integramos en ese catálogo tan singular que todos tenemos que elaborar, que da contenido a nuestra idea de persona.

El lector de historias -también el escritor-, de narraciones cuyos personajes son seres humanos, está obligado a la búsqueda constante de alternativas, a la revisión de conceptos y de fundamentos, a valorar individuos. Y ese es precisamente el territorio de la Literatura, donde tanto Anna como Karenina; donde tanto la Regenta como Ana Ozores de Quintanar, donde tanto el Quijote como Alonso Quijano tienen derecho a ser entendidos.

La Literatura y en especial la novela mantiene una equilibrada relación entre lo concreto y lo general, entre lo local y lo global. Entre las aspiraciones generales de los seres humanos y formas particulares de vida que permiten alcanzar o desechar dichas aspiraciones. Además en el proceso la novela apela a un lector que de algún modo es capaz de compartir con los personajes esperanzas, deseos, temores y preocupaciones que proyectan lazos de identificación y de simpatía o rechazo. Conforme leemos vivimos más porque se nos amplía el catálogo de vidas a considerar.

La vida real es fragmentaria, discontinua. Nadie puede captar en ella el nexo causal que une los acontecimientos. Para ello necesitamos construir una narración. Toda vida es una narración que se hace retrospectivamente según los intereses que nos marca el futuro. ¿Qué será de nosotros mañana?, cuán poco sabemos de lo que nos reserva el azar y, sin embargo, podemos al contarnos construir la continuidad y la causalidad que construya nuestros estados en el mundo en una vida. Y, lo que es mejor, podemos construirnos tantas vidas como tantos relatos hagamos de ellas.

Por esta peculiaridad, la novela contiene la mejor enseñanza psicológica, porque contiene vidas contextualizadas, porque dispone de una trama que va más allá de los acontecimientos que la constituyen y que muestra todo el repertorio de lo humano, y lo hace para que podamos elegir qué tipo de vida queremos contar a los otros y contarnos a nosotros mismos. Porque podemos enfrentarnos a muchas vidas que de otro modo no podríamos.

¿Y el Cine? ¿No vale el cine también para este propósito? Sí, sin duda. Es más, me atrevería a decir que, hoy por hoy, para muchos ha sustituido a los cuentos y las novelas. El cine se ha convertido desde su nacimiento en el mejor escenario en donde poner vidas a pruebas, en donde contemplar personajes que se comportan como personas, en donde mirar para ampliar nuestro catálogo que es la base de nuestras creencias sobre la gente y sus comportamientos. Porque el cine pone la fuerza de la imagen, porque pone rostro y cuerpo y colores y escenarios reales, y aunque nos limita la imaginación en este sentido, aporta una mayor generalidad a esa localidad en la que inevitablemente vivimos. Los actores son reconocibles por sus personajes y con ellos sentimos las emociones, las alegrías y las penas, a ellos juzgamos y estudiamos, de ellos obtenemos ese saber que nos permitirá desenvolvemos en nuestras sociedades complejas. De ahí su carisma, su poder de convocatoria, su ejemplaridad. El cine más que nada es el mundo en donde forjamos un conocimiento que la realidad no permite, pero que nos exige.

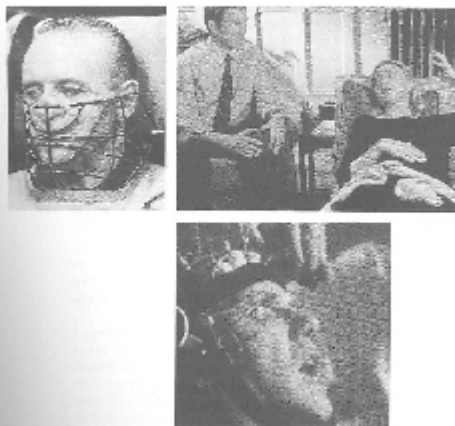
¿Y la Psicología Científica? La Psicología científica, que, como tal, descompone las tramas en conceptos, las historias en análisis, no nos sirve para satisfacer nuestras necesidades de comprensión y de explicación. No permite la generalidad que se pueda proyectar cuando juzgamos las acciones de nuestros semejantes o cuando nos compadecemos de ellos. Más bien la encontramos en los procesos de selección cuando queremos optar a un trabajo, en los controles del sistema educativo, y sólo recurrimos a ella cuando nuestra identidad se ha descompuesto o cuando ya no disponemos de recursos para comprender lo que nos pasa. Nos parece que la psicología científica es más algo que se usa contra nosotros que algo que podamos usar.

¿Por qué? porque en la destrucción de las tramas de la vida, en la creación de conceptos, en la producción de diagnósticos o terapias, no hay narración. Quizá sólo el psicoanálisis ha sabido contar las historias de las vidas humanas desde un análisis conceptual realizado de un modo más o menos -quizá por ello menos- científicamente. De ahí su singular éxito y popularidad, de ahí su capacidad de difundir conceptos a las creencias populares.

La obligación autoimpuesta de hacer ciencia de una determinada y canónica manera, ha supuesto a la psicología la supresión de la estructura organizativa por la cual nos guiamos en nuestros procesos cotidianos de comprensión y de explicación. La supresión de la narración saca de la vida diaria la actividad del psicólogo. Le deja encerrado en ese halo de especialista, de ser incomprensible, en la desconfianza, ir al psicólogo mala cosa es o muy mal debemos estar, si ya no somos ni capaces de comprendernos a nosotros mismos. Mejor sería ir a ver una película al cine.

Esto es lo que magníficamente han comprendido Florentino Moreno y Luis Muiño, psicólogos profesionales ambos, científicos por tanto, especialistas. Desde hace ya dos años iniciaron la necesaria tarea de devolver la narración a la gente, de proporcionar herramientas para que revisaran sus creencias, para que las ajustaran a los tiempos que corren, para que las enriquecieran y las aumentaran. Porque esa es la tarea de toda ciencia, promover, más y mejores creencias a la gente normal que vive

La psicología: Una profesión de cine



sus vidas con precipitación para conseguir que de entre estas vidas apresuradas surga un mundo mejor. En su programa *"El factor humano"*, emitido en Radio 5 Todo Noticias de Radio Nacional de España al hilo de la narración, al hilo de la historia de unos personajes que interpretan actores en una película, subrayan los conceptos, realizan los análisis, aportan los métodos y las herramientas que van a permitir comprender mejor las vidas que viven en las pantallas de los cines, que son como las nuestras del mundo real. Divulgan la psicología científica en un acto generoso por el que dejan a disposición de la gente un conocimiento que ellos no pueden producir, para que lo usen en sus vidas, para que se entiendan mejor, para que se quieran más. Hacen una psicología que la gente pueda usar y ello gracias a su conexión con los géneros de tramas, con los catálogos de vidas que las películas ponen en una pantalla para que todo el mundo viva más, viva otras vidas, aumenten la colección de personajes y de situaciones en las que nos podemos encontrar.

Esta es una posible explicación de su éxito. En un mundo cada vez más estúpido y simplificado, el que un programa de radio que hace ciencia para todos sobreviva no sólo se debe a que sea bueno y que sus autores lo hagan bien, se debe especialmente a que sus autores han sabido atrapar y destilar la manera de ser de los humanos, su manera de pensar. Por eso lo hacen bien y su programa es bueno, por eso han sido demandados a dejar sus guiones accesibles en todo momento. Porque un programa de radio en su inmediatez es efímero y si un día no podemos escucharlo, el lamento tampoco tienen remedio.

Ahora mediante una cuidada edición realizada por la Editorial Complutense nos han liberado del estrés que supone la posibilidad de no oírles en la radio, nos han aportado la calma de poder disfrutar de su ciencia, que puedo hacer mía en cualquier momento, de profundizar en ella, de compartirla con el que no puede oír la radio. Y esto debe ser fuente de salud, que es al fin y al cabo de lo que se trata, o de lo que trata la psicología. Salud para mí y para todos los que me rodean. Una telaraña de salud porque nos entenderemos mejor, porque nos trataremos mejor, porque sabremos más de nosotros mismos.

Salud y muchos años, también en muchos libros.